

mulándolas el perseguidor de Ignacio: el concilio no vaciló en pronunciar las mas graves penas espirituales contra los grandes, aunque fuesen emperadores, que cometieran de nuevo esas abominaciones y contra los obispos que lo toleraran. Por último, el emperador Basilio preguntó si todos los obispos permanecian conformes en lo que se habia resuelto, á lo que contestó todo el concilio con vivas aclamaciones y con grandes elogios del emperador, de los Papas Adriano y Nicolao y de los patriarcas.

El príncipe, no contento con esta primera aprobacion, determinó que recibiese todo lo resuelto una sancion mas tiempo reflexionada; y procediendo con la circunspeccion y dignidad conveniente en una materia tan delicada, mandó pronunciar en alta voz el discurso siguiente: «Cualquiera que tenga alguna cosa que oponer contra este santo Concilio, contra sus cánones ó su resolucion, preséntese y egecútelo en este momento. Concedemos toda la libertad necesaria para ello, no solo á los obispos, sino tambien á los clérigos y á los legos, no obstante de que los últimos carecen de derecho para mezclarse en estos asuntos. Hable todo el mundo mientras permanecen congregados y unidos los legados de Roma con los de las iglesias de Oriente, ya que para lograrlo hemos podido triunfar de tantos obstáculos, realizando una empresa que no pudieron llevar á cabo muchos de los emperadores que nos precedieron. Disuelto que sea este Concilio, no será ya tiempo de contradecirle, y no perdonaremos á nadie de cualquier clase que sea si rehusa sujetarse á sus decisiones. Ministros del Señor, obispos establecidos para atender á la conservacion de vuestra respectiva grey, cuidad de alimentarla de continuo con la doctrina de la salvacion, de buscar y llevar al redil las ovejas descarriadas, y de no romper jamás la union que acabais de establecer. Y vosotros seculares, constituidos en dig-

nidad ó simples particulares, sabed que no os pertenece discutir los puntos de Religion. Lejos de vosotros la temeridad de querer usurpar el derecho de los obispos, pues por pequeño que sea el mérito de un prelado es siempre pastor mientras enseña la verdad. Guardáos por tanto de juzgar á vuestros jueces, y de querer guiar á los que el Señor os ha dado para que os sirvan de guia.»

Este discurso confirmó á todos los asistentes en sus buenas disposiciones, y solo trataron de darlas á conocer por medio de las firmas. Querian los legados del Papa que los emperadores firmasen en primer lugar; pero Basilio contestó que á ejemplo de sus mas ilustres predecesores Constantino, Teodosio y Marcelino no debia poner su firma sino despues de las de los obispos, aunque por condescender en algo con los deseos de los que representaban la persona del romano Pontífice, firmaria despues de los patriarcas. Los tres legados que habian presidido por parte del Sumo Pontífice firmaron desde luego con esta cláusula: *hasta la voluntad del Papa*; esto es, hasta su aprobacion. Firmó despues el patriarca Ignacio, y en seguida José, Tomás y Elias, legados de Alejandria, Antioquia y Jerusalem. Los dos emperadores firmaron entonces, y Constantino lo ejecutó tambien por el tercero, á saber, por su hermano Leon que habia sido asociado poco antes al Imperio. Despues de estos principes firmaron Basilio, arzobispo de Éfeso, y todos los demas obispos, que eran ciento y dos. Nicetas, refiriéndose á otros griegos, que se lo habian contado, dice, que escribieron las firmas con una caña mojada en la sangre del Salvador; pero no encontramos en las actas del Concilio el menor indicio de una singularidad tan extraordinaria, no obstante de haberse transmitido en ellas hasta las circunstancias mas pequeñas de cuanto acaeció. Es verdad que se ha dicho lo mismo de la sentencia de

condenacion pronunciada por el Papa Teodoro contra Pirro, patriarca monotelita de Constantinopla. Mas todos estos hechos raros y sorprendentes, y aun aquellos cuya escena se coloca en Roma, carecen de el testimonio y autoridad de los historiadores latinos, y se fundan únicamente en la fé de los griegos, que en esta época de la decadencia notoria de su gusto y costumbres, es justamente sospechosa en todo lo que tiene airé de prodigio y novedad. Observando que los emperadores de Constantinopla formaron una cruz al estampar su firma con la tinta colorada de que usaban por distincion, tal vez no fué menester mas para dar margen á la credulidad del vulgo y luego al error del historiador.

El Concilio, conforme con la costumbre establecida, escribió antes de disolverse una carta sinódica al Papa Adriano pidiéndole que le confirmase, publicase é hiciese que le admitiesen todas las iglesias. Prodigaban en la carta grandes elogios á sus legados y al Papa Nicolao, gloriándose de haber seguido sus decisiones. Sin embargo, introdugéronse secretamente poco despues en el palacio del emperador y en el del patriarca Ignacio algunos griegos inquietos é inconstantes, y se quejaron amargamente de que por medio del formulario que habian traído de Roma los legados del Papa y obligado á que le firmasen los obispos, quedaba la iglesia de Constantinopla vergonzosamente esclavizada bajo el yugo de los romanos. Hicieron tambien otro cargo á los legados, de que al suscribir á las decisiones de los Padres, lo habian dejado todo á la ulterior resolucion del Papa, como si pretendieran buscar un pretesto para impugnar la autoridad del Concilio. Despues de algunos artificios que no hacen mucho honor á Basilio, quien se dejó seducir por estos descontentos é intentó extraer furtivamente los libelos de sus obispos, esto es,

su adhesion al formulario romano, se calmó esta tempestad y pareció disiparse todo peligro de division.

Pero no tardó en levantarse otra, á causa de los embajadores búlgaros que habian concurrido al Concilio. Habíase mostrado el rey de Bulgaria desde luego únicamente adicto á los latinos, y no quiso admitir en sus Estados ningun misionero de Grecia. Habia mostrado grandes deseos de tener por arzobispo al diácono Marin, hombre de un mérito extraordinario; pero el Papa Adriano reputó mas útil instituirle legado con destino al Concilio general, y dió á los búlgaros otro arzobispo que no fué de su agrado. Todas estas contrariedades indisposieron poco á poco el ánimo del rey, de suerte que principió á inclinarse á Constantinopla, y quiso que resolviesen allí á qué patriarcado de los dos debia pertenecer la iglesia de Bulgaria.

Algunos dias despues de la conclusion del Concilio mandó el emperador que se reuniesen los legados del Papa con el patriarca Ignacio y los vicarios de Oriente para oír á los embajadores de los búlgaros, y el gefe de estos, llamado Pedro, se esplicó así: «como acabamos de recibir la gracia del cristianismo, tememos engañarnos y deseamos saber de vosotros, que representais á los patriarcas, si debemos depender inmediatamente de la Iglesia de Roma ó de la de Constantinopla.» A lo que respondieron los legados del Papa: «nosotros hemos dado fin á los negocios para que nos habia autorizado la Silla Apostólica; y aunque acerca del punto de que habeis hablado no tenemos poderes especiales; sin embargo, considerando que vuestro rey se sometió con todo su pueblo á la Iglesia romana, y que vuestro pais está todavia lleno de eclesiásticos nuestros, decidimos, por lo que á nosotros toca, que debeis pertenecer esclusivamente á aquella Iglesia.» Al

contrario los legados de Oriente, dijeron que pues en lo antiguo componia la Bulgaria parte del imperio griego con el nombre de Dardania, y que al conquistarla los búlgaros hallaron en ella sacerdotes griegos y no latinos, debia reputarse este pais como sujeto á la jurisdiccion de Constantinopla. «No tratamos aquí, replicaron los legados romanos, de la division de los imperios, sino tan solo del orden gerárquico. Nadie ignora que la Dardania y el Ilírico entero estuvieron bajo el poder de la Iglesia romana. Por consecuencia, nada ha usurpado Roma á Constantinopla, sino que ha entrado otra vez, y esto á ruego de los mismos búlgaros, en la posesion de unos derechos cuyo ejercicio habia estado interrumpido con motivo de su irrupcion y de su paganismo.

No se dieron por vencidos con estas razones los legados de Oriente, á quienes el emperador habia hecho saber ya la conformidad de su modo de pensar, y hasta comenzaron una especie de interrogatorio, cual jueces sobre aquellos que están bajo su jurisdiccion. Juzgaron los legados que se violaba la dignidad de la Silla apostólica, de lo que resultaron disputas muy vehementes, resentimientos por ambas partes y palabras bastante ofensivas (1). «La Silla de Pedro, dijeron los romanos á los orientales, esa Silla cuya superioridad debéis reconocer, y confesar que ella sola tiene derecho de juzgar en toda la Iglesia, no os toma como árbitros de sus intereses. Por lo demas, sabed que condenará vuestra sentencia con tanta facilidad cuanta ha sido vuestra precipitacion en pronunciarla.» Entonces, desentendiéndose de todo miramiento los legados de los patriarcas, dijeron con acrimonia: «es muy extraño que vosotros los romanos, que habeis sacudido el yugo de los emperadores legítimos para entregaros á los francos,

(1) *Vit. Adrian. II. sub fin.*

pretendais todavia alguna jurisdiccion en los Estados de nuestros soberanos. Por tanto, juzgamos y declaramos solemnemente que el pais de los búlgaros que estuvo en lo antiguo bajo la dominacion de la Grecia y tuvo sacerdotes griegos, debe por el cristianismo volver á la Iglesia de Constantinopla de que habia sido separado por la idolatría.» — «Y nosotros, replicaron los legados del Papa, anulamos y declaramos de ningun valor, hasta que decida la Santa Sede esta sentencia inconsiderada y dictada por la presuncion ó la lisonja, y que por lo menos es muy cierto se ha dado sin que vosotros hayais sido elegidos ni reconocidos en calidad de jueces.» Dirigiéndose despues al patriarca Ignacio, le suplicaron encarecidamente que respetase los derechos de la Iglesia romana su protectora, y que no ejerciese ningun acto de jurisdiccion en la Bulgaria, salvo el recurrir en la forma ordinaria á la Silla apostólica, si creia tener algun justo motivo de queja. Ignacio respondió con la moderacion y modestia que debia esperarse de un Santo, pero sin declararse abiertamente. Por lo que hace al emperador, aunque era naturalmente moderado y disimuló entonces su enojo, no tardó en dar á entender que estaba muy irritado con los romanos.

Despues de haberlos convidado á comer en su propia mesa y de haberles hecho muchos regalos, cuando hubieron de ponerse en camino para volver á Roma, el emperador no les dió mas que un solo oficial para que los condujese á Durazzo, donde debian embarcarse. Ninguna orden se habia dado para la comodidad ni para la seguridad de su viage, por lo que se vieron reducidos á aventurarse en el primer navío que se les presentó, y cayeron en manos de los esclavones, los cuales los trataron en las costas de Grecia de un modo capaz de hacer sospechar que procedian en virtud de orden

secreta de Basilio. Les quitaron el original de las actas del concilio en que estaban las firmas de los obispos; pero los griegos no consiguieron las firmas del formulario que era lo que mas ansiaban, porque los legados que con la primera tentativa habian aprendido á estar alerta, las habian entregado á los embajadores del emperador Luis. Disgustados estos en extremo al ver que se disputaba á su soberano las prerogativas y el título de emperador, habian roto la negociacion de que estaban encargados, y saliendo antes que ellos tomaron distinto camino. Las actas mismas del concilio fueron conservadas por Anastasio, que era uno de estos embajadores del emperador Luis, y las tradujo al latin con mucha exactitud y fidelidad (1). En el prólogo de su version protesta que todo lo que en contrario se halle en los ejemplares griegos, es invento de un pueblo poco delicado en la fé pública, y que despues de haber hecho varias adiciones á las actas de los seis últimos concilios generales para ensalzar á su iglesia, habia insertado tambien en el octavo, como si fuese un decreto suyo, la sentencia pronunciada por los legados orientales acerca de la Bulgaria despues ya de la conclusion de este concilio. Volviendo á los legados de Adriano, los piratas los pusieron en libertad á instancia del Papa y del emperador Luis y llegaron á Roma á fines de este año. El Sumo Pontífice confirmó el concilio, exceptuando el artículo de los búlgaros, que á decir verdad no se habia decidido en él, y que esto no obstante fué puesto en ejecucion. Tal era, á pesar del estado lastimoso de su imperio, la rivalidad de los griegos no menos envidiosos del poder político de los occidentales que de la grandeza de la Iglesia romana.

El virtuoso patriarca Ignacio cedió á las

(1) *Anast. Praef. in VIII. Conc.*

razones divinas y humanas que bien ó mal se le alegaban para moverle á defender el honor de la iglesia griega, y á no perder ninguno de sus derechos. Asi es que á pesar de las representaciones y amenazas de Roma, él se atuvo á las decisiones de los patriarcas de Oriente y de los doctores de su nacion, ordenando que saliesen de Bulgaria los misioneros romanos, estableciendo en aquel reino un arzobispo y muchos obispos, y conservando hasta la muerte la jurisdiccion de las iglesias del pais.

Teodoro Abucara, esto es, padre ó metropolitano de Caria, quien habia desertado del partido de Focio por reunirse á Ignacio, se distinguió entre los obispos que concurrieron al octavo Concilio, no solo por su perseverancia sino tambien por su celo en promover la conversion de los nestorianos, eutiquianos y musulmanes (1). No eran estos entonces tan intratables como despues se han hecho con los cristianos que les hablan acerca de la Religion. Teodoro tuvo con ellos muchas conferencias, en las que prueba la verdad del cristianismo principalmente por el modo con que se estableció y por los milagros. En ellas habla tambien acerca de la Eucaristía y se espresa en unos términos, que demuestran hasta la evidencia la perpétua uniformidad de la fé en todas las regiones acerca de este adorable misterio. Riéndose de él uno de aquellos infieles como de una cosa absurda é imposible, le replicó: «¿no convenís en que el Espiritu de Dios es omnipotente? Pues en virtud de este poder se verifica nuestro misterio. El sacerdote coloca en el altar el pan y el vino, y luego invoca al Espiritu Santo que desciende sobre la ofrenda y en virtud de su divinidad convierte el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Jesucristo.» Escuchaban los infieles con bastante docili-

(1) *Bibl. PP. tom. 1. G. L. pag. 369.*

dad estos discursos, que disminuían sus preocupaciones y á las veces parecían causarles alguna impresion; pero sin embargo no vemos que estas semillas de salvacion produjesen ningun fruto sólido en aquellos oyentes frívolos y voluptuosos.

A su vez los bárbaros del Norte nada perdian de su antigua ferocidad. Los normandos ó dinamarqueses seguian ejerciendo su furor en todos los mares y en todas las costas del Océano; y ni aun los ingleses en su isla pudieron librarse de las mas funestas invasiones (1). Ya en tiempo del rey Ethelulfo habian hecho en sus Estados aquellos formidables piratas algunas tentativas, que por entonces no tuvieron grandes consecuencias. Mas en los infelices reinados de sus tres hijos Ethelbaldo, Ethelberto y Ethelredo, trataron á los ingleses del mismo modo que á los súbditos de la débil posteridad de Carlo-Magno. Habiendo desembarcado en el reino de Estangle, penetraron hasta Nortumberland, se apoderaron de la ciudad de York, y asolaron todo el pais vertiendo la sangre de las personas consagradas á Dios. Destruyeron el monasterio de Bardeney y mataron á todos sus monges en medio de la iglesia. El de Lindisfarne, en el que habia Silla episcopal, el de Tinemouth, los de Viremouth y de Jarou á los cuales habia dado tanta celebridad el venerable Beda: en una palabra, todos los monasterios mas insignes fueron tratados con una crueldad inaudita. No lograron mejor suerte las comunidades de religiosas: estas dignas esposas de Jesucristo miraban con indiferencia la muerte y los tormentos, siempre que pudiesen salvar su honestidad. Al acercarse los bárbaros al monasterio de Collinham, su abadesa, la valerosa Ebba, llamó á capítulo á sus religiosas, y sacando una navaja las di-

(1) Guill. Malmesb. pag. 41; Ingulf. pag. 865; Matth. Vustin. ann. 870.

jo: «ved aquí un medio seguro para librarnos de la insolencia de los idólatras.» Pronunciadas estas palabras, se cortó la nariz y el lábio superior hasta los dientes, siguiendo su ejemplo todas las religiosas. Retiráronse llenos de horror los normandos al verlas tan desfiguradas, pero entregaron á las llamas la abadía con todas estas castas heroínas. Edmundo, rey de Estangle, padeció tambien una muerte gloriosa á los ojos del Señor, habiendo sido atado á un árbol donde le asatearon y degollaron á 20 de noviembre del año 870, en cuyo dia le honra la Iglesia como mártir.

En el reino de Mercia, cuyas tropas habian sido derrotadas por los bárbaros, el abad de Croyland, Teodoro, anciano venerable que gobernaba santamente aquel monasterio hacia ya sesenta y dos años, esperó que los vencedores se compadecerian á lo menos de los monges de mas avanzada edad y de los niños que se educaban en aquella casa. Quedóse, pues, con los que apenas podian huir á causa de su edad, y dispuso que los mas robustos, cuyo número era de treinta, se ocultasen en los parajes pantanosos y en las selvas, llevándose las reliquias, los títulos ó escrituras del monasterio y los efectos mas preciosos. No bien se habian marchado cuando se presentaron los bárbaros: entretanto el abad y los religiosos que le acompañaban se habian puesto las vestiduras sagradas, y en esta forma se dirigieron al coro y cantaron el oficio divino celebrando Teodoro la misa mayor. Luego que comulgó con los que le asistian en el altar, entraron de tropel los bárbaros en la iglesia; su rey Osketul degolló por su propia mano al abad en el mismo altar, y otros caudillos cortaron la cabeza á sus asistentes. Huyeron del coro los viejos y los niños; pero fueron detenidos y atormentados cruelmente para que descubriesen los tesoro-

ros de la iglesia. Quedó muerto en el refectorio el subprior en presencia de Tutgar que no tenia mas de diez años; y que en vez de poseerse del miedo pidió con grandes instancias que le quitasen la vida como lo habian hecho con su superior; pero un conde normando llamado Sidroc, se compadeció de este niño que era muy bien parecido, le quitó la cogulla y le vistió al estilo de Dinamarca, habiendo sido el único que se libró de aquella carniceria. Como los bárbaros habian acabado ya con todos los monges sin descubrir los tesoros que esperaban, fueron á buscarlos dentro de los sepulcros, hasta que despechados al ver que nada hallaban, amontonaron todos los cuerpos santos que se conservaban allí, sin perdonar al de San Guthaleo, que era venerado estraordinariamente por todo el pais, y los entregaron á las llamas juntamente con los libros sagrados. Quedaron igualmente reducidas á cenizas la iglesia y toda la fábrica del monasterio.

Esta horrible expedicion no duró mas de tres dias, al cabo de los cuales se encaminaron los bárbaros al monasterio de Medsgamsted. Habianse tomado todas las disposiciones que se juzgaron oportunas para su defensa, y empeñada la accion quedó herido de gravedad el hermano del conde Hubba. Con esto subió de punto el furor de los normandos, de modo que fué imposible poner freno á su ímpetu á pesar del vigor con que se resistió á los dos primeros asaltos. El feroz Hubba quiso matar por su propia mano á todos los que llevaban hábito monacal, y en efecto mató ochenta y cuatro. En seguida demolieron los altares, destruyeron los sepulcros, hollaron las reliquias, rasgaron los escrituras, abrasaron la preciosa biblioteca que habia en el monasterio, la iglesia y toda su fábrica, de tal modo que el fuego duró quince dias.

Entretanto el jóven Tutgar que habia

hallado medio de escaparse, tornó al monasterio de Croyland, donde encontró á los treinta monges que se habian fugado, y que habian ya vuelto y se ocupaban en apagar el incendio que duraba todavia, y les contó que habian perecido el abad y todas las personas del monasterio. Fué necesario estar cavando ocho dias para hallar en el último cerca del altar el cuerpo del abad sin la cabeza, enteramente desnudo, medio quemado, deshecho con las ruinas del edificio y hundido en la tierra. Buscaron del mismo modo á todos los demás para darles una sepultura honrosa, y encontraron á muchos lejos de los lugares en que habian sido muertos, porque despues de haberles quitado la vida los arrastraron ignominiosamente. De este modo es como los historiadores mas fidedignos refieren este rasgo de ferocidad de los normandos, y por él puede formarse alguna idea de lo que pasaria en las demas irrupciones que hicieron (1).

Estos peligros, que amenazaban con especialidad á los que hacian profesion de la perfeccion cristiana, no impedian el ejercicio de las grandes virtudes en Inglaterra, siempre digna del nombre glorioso de *tierra de los Santos* (2). Florecia entonces en el reino de Ouessex el abad Neot, aun mas ilustre por su santidad que por su nacimiento, pues era cercano pariente de los reyes. Desde la infancia habia sido instruido en la piedad no menos que en las letras, y aun no bien habia tocado la edad de poder presentarse con brillantez en el teatro del mundo, cuando se retiró de él para abrazar la vida religiosa en Glastemburi; pero rayaba tan alto su mérito, que no podia menos de darse á conocer en cualquiera estado. Oyendo hablar de él su obispo le llamó y le ordenó de diácono; poco despues le ordenó de sacerdote

(1) Matth. Vustin. ann. 870. Ingulf. pag. 886.

(2) Act. SS. Bened. tom. 6. pag. 324.